

En tanto que esto el bárbaro decía,
Mostraba tan feroz y duro gesto,
Que de temor Guemapu con el resto
Quedó sin mas decir cual nieve fria;
Pero Talguen, que ya le conocía,
No quiso replicarle mas en esto,
Sabido que es unión de corazones
Saberse bien llevar las condiciones.

Demás de que Gualeva recelosa,
Temiendo que el negocio se enconase,
Con tiempo le rogó que lo dejase,
Jurándole la vida de su esposa;
Mudó Talguen la plática enconosa,
Y como á su Quidora le acordase,
Un íntimo suspiro dió por ella,
Que de su llama ardiente fué centella.

Entonces la pastora Chabraquira,
Que á un lado de Gualeva estaba junta,
Llegándose al oído, le pregunta:
«¿Quién es por quien el bárbaro suspira?»
«Es una perfección que al cielo admira,
La huésped de responde á su pregunta,
Es la preciosa prenda de su pecho,
Y el misero no sabe qué se ha hecho.»

«Si fuese, dijo luego la pastora
Volviéndose á Guemapu su marido,
Aquella que diez horas ha dormido,
Y aun duerme de causada hasta agora;
Hoy vino con los pasos de la aurora
A nuestra humilde choza y pobre nido
Una mujer tan triste como bella,
Que os diera compasión y envidia vella.»

«Anduvo sin parar la noche en peso,
Segun me dijo, en busca de su amado,
Y el bello rostro en lágrimas bañado
Testificaba el misero suceso;
Su pena debe ser en mucho exceso,
Pues luego sin poder tomar bocado,
Ahí dentro se arrojó tras esa puerta,
Y allí se está no sé si viva ó muerta.»

Sin mas poder sufrir, Talgueno salta,
El corazón saltándole en el pecho,
Y Tucapel se pone en pié derecho
Diciendo: «Si ella fuese, ¿qué nos falta?»
Gualeva dice atónita en voz alta:
«¿Qué tal tesoro encubre un pobre techo?
Sin duda que es Quidora, vamos, vamos,
¿Adonde está? Mostrádmela, veamos.»

Con esto se levantan al instante,
Y todos juntos van en busca della:
Yo solo me podré quedar sin vella,
Porque á moverme ya no soy bastante.
Y pues llevar la voz tan adelante
Me tiene tan cansado como á ella,
Razon tambien será dormir un tanto
Y despertar con ella en otro canto.

CANTO XIV.

Halla Talgueno á su Quidora, recíbenle alegremente, danse cuenta de lo que á cada uno le ha pasado despues que se apartaron, cuenta la india las cosas extrañas que ha visto en sueños, profetizando las felicidades de don Garcia en los tiempos, respecto de entonces, venideros. Comienza á referir la rebelion de la ciudad de Quito sobre no querer admitir las alcabalas justamente puestas por el Rey nuestro señor.

El bien que de propósito esperamos,
Que tarde ó nunca llegue es cosa cierta,
Y si á llegar alguna vez acierta,
Es porque en el camino le encontramos;
Mas cuando de esperarle no tratamos,
Entonces se nos entra por la puerta,
Causando cuanto menos esperada,
Tanto mayor placer con su llegada.

No sé que pueda ser la causa desto,
Porque si ya dijese que lo ordena
Fortuna para darnos gloria llena,
Trayéndonos el bien así tan presto;
Diránme que es engaño manifiesto,
Porque la varia diosa no es tan buena
Que para darnos gusto busque modos,
Pues para le quitar los usa todos.

De donde por certísimo concluyo,
Que en esto nos enseña el gran Maestro
No estar el bien ó mal en querer nuestro,
Sino que solamente está en el suyo;
Porque si por la traza y medio tuyo
Y disponello todo como diestro
Hallases lo que buscas, pensarías
Que de tu mano sola dependías.

Pues para que en tan gran error no cayas,
Te niega Dios los fines á que alientes,
Si solo por tus medios lo pretendes,
Que es como hacer en aire vano rayas;
Todo porque con él en todo vayas
Y acabes de entender, si no lo entiendes,
Que si él en tu favor no da algún paso,
Por mas que corras tú no hace al caso.

Y no de lo que trato se me arguya,
Que puedes segun esto descuidarte;
Haz tú lo que pudieres de tu parte,
Y Dios lo que quisiere de la suya;
Mas digo que el suceso se atribuya
A la mejor y mas segura parte,
Porque demás de ser forzoso hacello,
Obligará al mismo Dios con ello.

Estáse cuanto digo tan probado,
Que lo experimentamos bien agora,
Y mas lo que es hallar en sola un hora
Lo que mil años no cuando es buscado;
Talgueno lo dirá, que descuidado
Estaba de hallar á su Quidora,
Y si con grandes ansias la buscara,
O menos breve ó nunca la hallara.

Esto es lo que soleis llamar acaso,
Como si por abrir algún cimientito
Halládes un rico nacimiento
De venas que os hiciesen mas al caso;
Y entiéndese, digámoslo de paso,
Respecto del humano entendimiento,
Pues fuera temerario desatino
Poner fortuna ó caso en el divino.

Porque si no es el caso bien mirado,
Sino veniros algo sin sabello,
Y menos entender la causa dello,
Por ser de entendimiento limitado;
Ponello en el de Dios ilimitado,
Fuera tocalle en mas que en el cabello,
Pues es decille claro que no sabe,
Cosa que en su grandeza tal no cabe.

Demuestran esto bien los naturales,
Poniendo solo el caso y la fortuna
En las que están debajo de la luna,
Y no en las otras causas celestiales;
Mas eso lo podrán seguir los tales,
Aunque su oficio al nuestro no repuna,
Pues antes donde no hay filosofía
No puede haber legitima poesía.

Mas vámonos de aquí, que ya me temo
No den tras mí las venas de romance,
Que si me ven es cierto darme alcance,
Por ser de piés livianos en extremo;
Huir es menester á vela y remo,
Por no me ver con ellos en mal trance,
Y quiero mas volverme á los pastores
Que dar en mano destes pecadores.

De súbito, cual dije, levantado
Talgueno con los otros en un punto,
En busca de su vida va difunto,
El rostro y corazón alborotado.
Y habiendo en el cancel pajizo entrado,
Do estaba aquel angélico trasunto,
La ve primero el bárbaro delante,
Que es muy ligero el ojo de un amante.

Sobre el derecho lado recostada,
Y la siniestra en jaspe traducida,
Por el siniestro músculo tendida,
Sirviéndole la diestra de almohada;
Su faz de nieve y púrpura bañada,
La ropa honestamente recogida,
Y el sitio lagrimado por su dueño,
Estaba sumergida en alto sueño.

Su negro y sutilísimo cabello
Por la cerviz abajo se esparcía,
Que rasgos arosísimos hacia
En el papel bruñido de su cuello,
Tan albo y trasparente, que el resuello
Al caminar por él se traslucía,
Y aun era necesario traslucirse
Para que así pudiera percibirse.

No estaba el Teucro jóven avisado
Por quien dejó sus términos Elena,
Con tan hermosa faz ni tan serena,
Al pié del verde aliso recostado;
Ni el terno de las diosas á su lado,
Gozó de vista, viéndole, tan buena,
Como la ven los bárbaros agora
En el dormido rostro de Quidora.

A quien el sueño tiene entretenida,
Rogándola que duerma y no despierte,
Mas ella en su dormir está de suerte,
Que nadie la juzgara por dormida;
Morfeo, como en casa conocida,
En sus cansados miembros se hace fuerte
Hasta salir en viéndola despierta,
Volando por la dura y córnea puerta.

Mas entre tanto el mismo la rocia
Con agua olvidadiza lisonjera,
Cubriéndola con flor de adormidera,
Que toma de su efecto nombradía;
Cualquier fingida forma le desvia,
Y toda se la imprime verdadera;
Fantásmos con leilon, sus hermanos,
Andaban en servilla de las manos.

Suspéndense de ver su traza bella
Los valerosos súbditos de Marte,
Y el rústico pastor por otra parte
Astrólogo se hace desta estrella;
Las de sus ojos tiene ocultas ella,
Y estar así debió de ser gran parte
Para que tan de espacio la miraran,
Porque si no, los mas se deslumbraran.

Tan fuera de medida fué el contento
Que recibió de súbito el amante
Con ver su vida y ánima delante,
Que estuvo por un rato sin aliento;
Y no fué menos prueba y argumento
De ser su pecho y ánimo constante
Sufrir el bien y gloria deste punto,
Que todo el mal pasado y pena junto.

Soltar la voz el bárbaro quería,
Mas no salió, probándolo, con ello,
Y fué que le estorbó para el hacello
Querer echar de golpe el alegría;
Bien como el vaso lleno de agua fria
De vientre muy capaz y angosto cnello,
Que no dará una gota sin quebralle
Cuando de golpe quieren derramalle.

Lo mismo agora al Indio le sucede,
Que como tiene estrecha la garganta,
Si quiere echar por ella gloria tanta,
Embaza, que pasar de allí no puede;
Mas puesto que este paso se le vede,
Por otra parte cuela y se adelanta,
Y si salir hablando no le vale,
Al menos en color al rostro sale.

Por una parte quiere despertalla
Porque de verle goce mas aina,
Por otra le parece cosa indina
De aquella tan serena faz turballa;
Razones por entrambas partes halla,
Y así suspenso no se determina,
Hasta que va la bárbara despierta,
Las opiniones disonas concierta.

Corrió Quidora el velo delicado
De sus inaccesibles ojos bellos,
Y tanto que por no morir de vellos,
El mismo amor los suyos ha vendado;
Y como los hubiese levantado,
Reverberó en su luz la lumbré dellos,
Mas ella no creyendo el bien que via,
Creyó que lo sonaba todavía.

Quedóse al mismo punto que le vido
Los ojos tan abiertos y elevada,
Cual ave con la luz encandilada,
Que la tomáis á manos en el nido;
No acaba de dar crédito al sentido,
Mas viendo su persona ensangrentada,
Ser muerto en la batalla le parece,
Y que por eso allí se le aparece.

No estuvo tan incrédula mirando
Penélope la casta junto al fuego
A su tan esperado y canto griego
En la postiza forma reparado,
Como Quidora el viso levantando,
De ver al que del alma le hizo entrego,
Y es porque menos que ella no le amaba,
Ni con menores ansias le esperaba.

Mas revolviendo al fin su lisa frente,
Al copo de la nieve preferida,
Y viendo á Tucapel con su querida
Entre la pastoral y simple gente,
Que todos á una voz alegremente
Le culpan cómo tanto está dormida,
Dice entre sí: «Verdad es lo que veo,
Mas tanto bien por junto no lo creo.»

Todo esto sin moverse considera,
Y todo lo revuelve en un momento,
Por ser como se sabe el pensamiento
La cosa sobre todas mas ligera;
Mas ya que bien mirado vio lo que era,
Apenas acabara de contento,
Que un súbito placer crecido y fuerte
No es menos que un pesar en dar la muerte.

Pues como á conocer su cielo vino,
Se levantó del suelo, do yacía,
A tiempo que Talgueno descendía,
Y así partieron ambos el camino;
¿Oh quién tuviera ingenio peregrino,
Con pluma diferente de la mía,
Para sacar al vivo en fiel trasunto
El desigual contento deste punto!

Con vínculos recíprocos se traban
El pecho de alabastro y de diamante,
El de Quidora digo y de su amante,
Y con gozosas lágrimas los lavan;
De darse dulces ósculos no acaban
Por todos los espacios del semblante,
Ni de cruzar encima de los cuellos
Los rostros, y aun las ánimas con ellos.

No está la umbrosa vid tan abrazada
Al olmo retorciéndose lasciva,
Ni trepa por el viejo muro arriba
La hiedra tan revuelta ni enlazada;
Ni á la pendiente Peña levantada,
Que casi sobre el agua se derriba,
Se arrima tanto el pulpo pegajoso,
Cuanto Quidora al pecho de su esposo.

El uno al otro mira y no se habla,
Mas esto no es aquí negocio bravo,
Porque si de contento están al cabo,
¿Qué mucho que tambien estén sin habla?
Demás de que mejor su juego entabla
Y lleva la ganancia mas al cabo
Aquel que en estos lancez nunca toca
La mal segura pieza de la boca.

Estuvo sin moverse en larga pieza
A causa de le haber cogido el freno
El demasiado gozo que en su seno
Para salir de golpe se adereza;
Reclina el cuello lánguido y cabeza
En el de su Quidora su Talgueno,
Y ella tambien del suyo suspendida,
Se queda al parecer amortecida.

Mas ya que el mar del alma sosegado,
 Por ser pasado el recio torbellino
 Del intimo contento repentino,
 Dejó salir al fin la lengua a nado,
 Dice Talgueno el rostro levantado:
 «Oh mas que ameno el áspero camino,
 Pues tras la pena y mal de la jornada
 Sois vos, mi bien y gloria, la posada!»

«Felice yo, responde su querida,
 En rematar mi sueño desta suerte,
 Pues si perdí la imágen de la muerte,
 En tí, Señor, hallé la de mi vida;
 Alegres y altas cosas vi dormida,
 Pero despierta mas lo ha sido verte,
 Dichoso el sueño y mucho mas la vela,
 Aunque entre lo que en él se me revela.»

No dice mas Quidora al tierno amante,
 Porque Gualeva en medio de alegría,
 Y de los dos, al bárbaro desvia,
 Juntado con el della su semblante;
 Y dicele: «Aunque esté Talguen delante,
 Te quiero yo abrazar, amiga mia,
 Pues en estar conforme con la tuya,
 Mi voluntad no es menos que la suya.»

«Conténtese que en ser despues le siga,
 Porque en amarte no hay á quien yo siga,
 Que tan primera soy en cuanto amiga,
 Como él lo puede ser en cuanto amigo.»

«Yo, dice la de Talguen, así lo digo,
 Aunque ninguno habra que no lo diga,
 Y así, Gualeva, tienes en mi seno
 Tan intimo lugar como Talgueno.»

Tambien aquel indómto y alívio
 Llegarse y abrazalla bien quisiera,
 Aunque es de condicion esquiva y fiera,
 Pero con la mujer no hay hombre esquivo;
 Mas teme que es tocar en lo mas vivo
 A su mujer, celosa de que quiera,
 Y no se quiere ver en tal presura,
 Cual fué la del suspiro en la espesura.

Verdad es que amistad entre ellas via,
 Mas la envidiosa hembra, si entra el celo,
 Da con la mas amiga por el suelo,
 Porque el amor no sufre compañia;
 Y así sin abrazalla cual quierria,
 Le dice desde afuera el Tucapel:
 «Con tal que así te hallásemos, Quidora,
 Yo digo que te pierdas cada hora.»

Ella responde: «Ya por mí lo hallo,
 Y no sé si mi bien disiente dello,
 Ser mas la grave pena de perdello
 Que la ligera gloria de hallallo;
 Y como quieras bien considerallo,
 Famoso Tucapel, no hay mas en ello,
 De que como este bien está presente
 Y el mal es ya pasado, no se siente.»

Llegóse, habiendo dicho desta suerte,
 Al sanguinoso cuello de su amado,
 Diciéndole: «¿Qué es esto? ¿Estás llagado?
 Que yo lo estoy, Señor, de solo verte.»

El dice: «Aunque me hubieran dado muerte,
 Hubiera della ya resucitado
 Con solo haberos visto, vida mia,
 Pues no hay morir en vuestra compañia.»

«Mas no ha millares de horas lo que digo,
 Ni es léjos do me vi la muerte al ojo,
 No por haberme yo mostrado flojo,
 Que Tucapel es desto buen testigo,
 Sino por ser tan bravo el enemigo,
 Que Marte se gobierna por su antojo;
 Mas ya de mis heridas, aunque tales,
 Apenas me han quedado las señales.»

Ella replica entonces: «Yo te ruego
 Me digas deso el dónde y la manera
 «Salgamos, dice el bárbaro, acá fuera,
 Que yo lo contaré por órden luego.
 Salieron, y septados junto al fuego
 La maliciosa gente y la sincera,
 Persuaden á la huespeda que cene
 Y con decir sus penas los despene.»

La cual condescendiendo fácilmente,
 Que no la obliga á menos su contento,
 Toma lo que le basta por sustento,
 A un cuerpo que su alma ve presente,
 Y empieza á referir con sesga frente
 El desigual discurso de su cuento
 Desde que echando menos á su vida,
 Anduvo sola, prófuga y perdida.

No canto por sus puntos el suceso,
 Por ser el mismo casi de Gualeva,
 Y en él no haberse visto cosa nueva,
 Mas que dolores y ansias en exceso;
 Anduvo una prolíja noche en peso
 Haciendo de su fe costosa prueba,
 Hasta que al asomar del tardo día,
 Se vió con esta inculta compañia.

La cual atiende en júbilo bañada,
 De ver que aquella misera tragedia
 Se concluyese en próspera comedia,
 Allí en su tosca y rústica morada.
 Duró la dulce historia en ser contada
 Por los quidóreos labios hora y media,
 Y luego le pidió su alegre dueño
 Contase las grandezas de su sueño.

«Mas ella dijo: «Bien será que á veces
 Lo sucedido á entrambos se refiera:
 Yo quiero con mi sueño ser postrera,
 Segura de que no serán las heces;
 Y digan los que están como jueces
 Si debes tú llevar la delantera
 En esto del contar, que en ser amante
 Yo voy con muchas leguas adelante.»

«Que pues, Talguen, agora en este punto
 Yo acabo de cantar lo que he pasado,
 Tú debes como diestro y descansado
 Echar sobre mí voz tu contrapunto,
 Cantando sin faltar en solo un punto
 Lo que despues que faltas de mí lado
 Has hecho y padecido como fuerte
 Hasta luchar, cual dices, con la muerte.»

Juzgaron luego todos que era justo,
 Así por la razon que le sobraba,
 Como porque á Talgueno le bastaba
 Ver que á Quidora en ello daba gusto;
 Rendido pues el bárbaro robusto
 En breve relató lo que pasaba,
 Habiéndole primero referido
 El caso de Gualeva y su marido.

Contóle del asalto en la muralla,
 Del nuevo general que estaba en ella,
 De su valor y pecho en defendella
 Y con tan poca gente sustentalla;
 De cómo se salió de la batalla
 Por acabar su vida en brazos della,
 De la feroz eulebra el trance raro
 Y aparicion tremenda de Lautaro.

Oyeron admirados los pastores
 Tan grandes y estupendas maravillas,
 Y aun daban solamente con oíllas
 A veces dentelladas y temblores;
 Oyó Quidora, léjos de temores
 Y sin mudar color en sus mejillas,
 Como la que sin ver ha visto tanto,
 Que nada ya le puede dar espanto.

Mas causale dolor en sumo grado
 Oír aquellas lástimas del primo,
 Y ver que así la quiera por arrimo
 Para quedar del perfido vengado;
 Con esto el corazon se le ha estrujado,
 Bien como en su lugar lo está el racimo,
 De cuya compresion un agua sale,
 Que cada gota mas que perlas vafe.

Protesta allá en lo hondo de su pecho
 De trastornar la máquina del mundo
 Y aun de bajar al báratro profundo
 Para dejar su agravio satisfecho,
 Yo desde agora ya lo doy por hecho,
 Y es esta la razon en que me fundo,
 Que la mujer ya puesta en una cosa
 Hasta salir con ella no reposa.

Esto revuelve y esto determina,
 Resuelta en que ninguno será parte
 A que de su propósito se aparte
 Ni tuerza un paso el pié de do camina;
 Mas encubriendo aquel dolor y espinas,
 Aunque la penetró de parte á parte,
 Para ocasion mejor que la de agora,
 Así responde al bárbaro Quidora:

«Apoyo de mi vida, bien entiendo
 Qué piensas de mi fragil pecho blando,
 Que ya de haberte oido estoy temblando,
 Por ser de suyo el caso tan horrendo;
 Pues sábetse que he visto mas durmiendo
 Que lo que tú pudiste ver velando,
 Y que es tu cuento extraño con el mio
 Como con todo el mar un solo rio.»

«Mas ya estarán los huéspedes cansados,
 Y es tiempo que Gualeva con su esposo
 Y tú, mi amado, rindas al reposo,
 Los no rendidos miembros trabajados.»

«Estamos, dicen todos, tan cebados,
 Y cada cual por sí tan deseoso
 De que nos cuentes ya tu rara historia,
 Que no hay de sueño gana ni memoria.»

«Lo que pudiera ser inconveniente
 Fuera no haber, Quidora, tú dormido,
 Que de nosotros ten por entendido
 Ser el descanso oírte solamente;
 Y cuando no durmamos al presente,
 Haráse allá despues de amanecido,
 Que agora de la escura noche fria
 Con tu presente luz harémos dia.»

Pues visto por la dama su deseo
 Y como están colgados todos della,
 Abrió para la voz la puerta bella,
 Que cerca del coral lo deja feo;
 Diciendo: «Fuerza es esta á lo que creo,
 Mas yo quiero de grado padecella,
 Si orejas me dais vos, y el cielo santo
 Favor, si darle puede para tanto.»

«Al mismo nuevo Apó, caudillo raro,
 Que, como me pintais, vosotros vistes,
 He visto yo tambien como pudistes,
 Ver que á Quidora yo le vi mas claro;
 Mas hay un punto solo en que reparo
 Por donde conocerle no debistes,
 Y es dalle verde edad vuestra pintura,
 Habiéndole yo visto en la madura.»

«Aunque, si no me engaño, en este instante
 Acabo de entender la causa dello,
 Que en mi revelacion debí de vello,
 Segun será los tiempos adelante,
 Porque él estaba en reino bien distante,
 Habiendo deste ya domado el cuello,
 De donde no sin causa conjeturo
 Que han sido mis visiones de futuro.»

«Virey le vi del reino piruano,
 Siguiendo en gobernalle tal camino,
 Como si algun espíritu divino
 En todo le llevara de la mano;
 Estaba aquel distrito tan ufano,
 Que desde el mar del Sur al ponto Euxino
 Su próspero contento se extendia,
 Y á mas la clara voz de don Garcia.»

«Donde antes que él viniese andaba todo
 Pestilencial, hambriento y miserable,
 Despues que vino anduvo saludable,
 El mal escascamente, el bien á rudo;
 En lo desmoderado puso modo,
 A lo que vacilaba, en ser estable,
 Y al fin, tocar sus piés aquel terreno
 Fué deshacer lo malo con lo bueno.»

«El fué tras el invierno, primavera,
 Y tras escura noche, claro dia,
 Despues de triste muerte yerta y fria,
 Alegre vida, facil, placentera;
 En pos de tempestad horrible y fiera
 Bonanza dulce y llena de alegría;
 Por secos arenales, fresco rio,
 Y sobre mustias flores el rocío.»

«Bien como cuando va por alta cima,
 El claro sol por brújula saliendo,
 Que luego los nublados van huyendo,
 Con miedo que su lumbré les oprima;
 Así del propio modo vi yo en Lima
 Al refulgente Apó, que en pareciendo,
 Fueron las pestes, males y pecados
 Deshechos con su luz como nublados.»

«Los terremotos, antes temerarios,
 Soberbios edificios humillaban,
 Y los corruptos aires penetraban
 Causando efectos mil trasordinarios;
 En gruesa multitud los males varios
 A costa de la tierra caminaban,
 Sin perdonar ninguno cosa alguna
 De cuantos hay debajo de la luna.»

«Trataban al servicio de manera,
 Que siempre andaba en casa el dueño insano
 Con el rebenque y látigo en la mano,
 Mas áspero que cómitre en galera;
 Los miserables indios por do quiera
 Rodaban sanguinosos por el llano,
 Y á bien librar, por montes y por cerros
 Andaban garleando como perros.»

«Cesaron luego todos estos males,
 Y en cambio de los techos derribados,
 Del suelo al cielo fueron levantados
 Colegios, monasterios, hospitales;
 Los pobres beneméritos, leales,
 Eran en breve dél remunerados,
 Distribuyendo rentas y pensiones
 Por las humildes casas y rincones.»

«A todos alivió su grave carga,
 Y al Indio en especial, difícil cosa,
 Redujo á vida próspera y sabrosa,
 De muerte mas que misera y amarga;
 Entre ellos asentó con mano larga
 Un modo de vivienda gananciosa,
 Que á la delgada tierra en adelante
 Dejó de bienes gruesa y abundante.»

«Al fin lo puso todo en tal manera,
 Que presto pareció la mejoría
 De lo que en otro tiempo ser solia,
 A lo que ya con él entonces era.
 Parece por difícil que ello fuera
 Que todo al gusto suyo se media,
 Y que con libertad su dura planta
 Hollaba á la fortuna la garganta.»

«Honrábale en comun la ruda gente
 Con título de bien afortunado,
 Y en esto como vulgo andaba errado,
 Pues no es el ser dichoso ser prudente;
 Quien hace algun buen lance de repente,
 No habiendo para hacelle pieza alzado,
 Se dice venturoso en buen romance,
 Mas no quien antes tuvo armado el lance.»

«Así, cuando al que digo vez alguna
 En fin dichoso acaso le saliera,
 Sin que los medios únicos pusiera,
 Dijéramos causallo su fortuna;
 Pero si cosa próspera ninguna
 Le sucedió mirándola de afuera,
 Sino poniendo el medio conveniente,
 ¿Por qué ha de ser feliz y no prudente?»

«Pues cuando, como digo, todo estubo
 Haciendo en punto musica melosa,
 Y puesta ya en el suyo cada cosa,
 Adonde se extendiese mas no tuvo;
 Tres años en tranquila paz mantuvo
 Al mar soberbio y tierra polvorosa,
 Sin que sobre esta polvo se hiciese
 Ni viento sobre aquel se removiese.»

«Mas yo no sé qué fué la causa dello,
 Que cuando estaba el cielo de su estado
 Mas limpio, mas sereno y espejado,
 Para mirarse en él y para vello,
 Salió con presuncion de escurecello
 Por donde no pensaban un nublado,
 El cual segun llevaba ya el camino
 Amenazaba recio torbellino.»

»Ora la causa fuese mchedumbre
De turbida materia vaporosa,
Que en la cabeza váguida y temblorosa
Turbase á la razon su clara lumbrera;
Ora lo fuese el hábito y costumbre
De que se precia el mundo en cada cosa,
Que es no tener sosten en cuantas tiene;
Ora que nunca un bien tras otro viene;

»Ora que su dichosa estrella quiso,
Poniéndote en peligro semejante,
Darle capaz materia y abundante
Adonde ebase el resto de su aviso;
Y necesariamente fué preciso
Para mostrar su pecho de diamante,
Echando fuera el animo de dentro,
Tal golpe, tal borrasca, tal encuentro.

»En menos campo que este no pudiera
Tirar de su valor la barra grave,
Y aun pienso, por el mucho que en él cabe,
Que si le echara todo, no cupiera;
Con todo, fué el negocio de manera,
Que á no saber, yo os juro, lo que sabe,
Causara tal pedrisco aquel nublado,
Que hubiera ya perdidose el ganado.

»En esto si dirémos fué dichoso
Aquel gobernador por excelencia,
Que tuvo quien le hiciese resistencia
Para mostrar su brazo vigoroso;
Y como á sol, su signo venturoso
Le puso tal nublado en competencia,
A fin de que, teniendo á quien hiriese,
La fuerza de sus rayos descubriese.

»Fué como los que venden atriaea,
Que dejan de una vibora morderse
Para que su fineza pueda verse,
Pues luego el mal, tomándola, se aplaca;
Así fortuna desta nube saca
Que venga el claro sol á conocerse,
Pues cuanto mas de opaco hubiere en ella,
Arguye mas virtud el resolvella.

»Por donde me parece, y no me engaño,
Que fué su dicha causa deste hecho,
Para que la ganancia y el provecho
Corriesen con la pérdida y el daño;
Indicio grande fué de amor extraño
Ponerle su fortuna en tal estrecho,
Solo para que así desta manera
Mas claro se pudiese ver quien era.

»Y no es en el varon pequeña gracia
Hallar así ocasion en que arrojarse,
Como por falta dellas el quedarse
Es en fogosos ánimos desgracia;
No descubriera el fuego su eficacia
Faltándole materia en que cebarse,
Ni fueran lo que son los araucanos,
Si nunca hubieran sido los cristianos.

»Así su fortaleza don Hurtado
Ni su saber tan claro demostrara,
Ni tanto su renombre levantara,
Si no se hubiera Quito levantado;
Allí pues era el turbido nublado,
Mas para que la historia vaya clara
Y no trabaje nadie en perechilla,
Quiero tomar de atrás la correndilla.

»Soñaba pues, ¿qué digo? No soñaba,
Mas verdaderamente así lo via,
Que cuando aquel insigne don García
De todo bien pacífico gozaba,
Allá el remoto Quito se alteraba
Sobre pagar lo justo que debía,
Y por alzarse el misero con ello
Del yugo de su rey alzaba el cuello.

»Mandaba el sumo Apó que se cobrase
Por mil razones licitas movido,
Y estaba el cumplimiento cometido
A quien por él en Lima gobernase;
Mas como largo tiempo se pasase
Sin que se hubiese á términos traído,
Porque ninguno á tanto se atrevia,
En práctica el que digo lo ponía.

»Para este se guardaba tal empresa,
Diguísima de un ánimo y un pecho
Que solo por hallar un paso estrecho,
Por infinitos anchos atraviesa;
Los hechos mas difíciles profesa,
Y todo se le deben de derecho
Como este, que por serle tan debido,
Por él y no por otro fué cumplido.

»Mas antes que el Virey ejecutase
La cédula real y mandamiento,
Quiso para fundallo mas de asiento
Que el grave caso en junta se tratase;
Y como allí sobre ello se altercase,
Hallóse de comun consentimiento
Ser cosa razonable y conveniente,
Aunque era con algun inconveniente.

»Sin esperar á mas se pregonaban
En todo su distrito mil papeles,
Por donde mucha copia de aranceles,
Haciendo algun estrepito, marchaban;
Los unos cuesta arriba lo tomaban,
Mas otros que vasallos eran fieles,
Anteponiendo el débito al trabajo,
Rodaban, al cumplillo, cuesta abajo.

»Quién al comun y público interese
El que es privado y propio preferia,
Quién pliegues en la frente se hacia
Porque su bolsa no lo deshiciese;
Cuál, como de maduro seso fuese,
Alegre aquella carga recebia,
Y cuál mostraba, echándose con ella,
El poco suyo mas que el peso della.

»Segun en lo interior estaba el seno,
Agora firme, agora vacilante,
Se daba á conocer por el semblante
Feroz, turbado, plácido y sereno;
Mas otros á la lengua echado el freno,
¡Oh cosa tanto en estas importante!
Manifestaban una por la frente,
Quedándose con otra diferente.

»Es un profundo abismo de cordura
En tales ocasiones ser callado,
Y estando el corazon alborotado,
Fingir tranquita y mausa la figura;
El rio mientras tiene mas hondura
Veréis que va mas sesgo y sosegado,
Disimulando, á causa de su fondo,
Aquel raudal que lleva por lo hondo.

»Algunos, con verdad ó con mentira,
Brotaban mil palabras descompuestas,
Aunque despues lloviéndolas á cuestras,
Las llamas apagaban de su ira;
Estaban otros muchos á la mira
En todas las demandas y repuestas,
Que ni eran bien traidores, ni leales,
Sino del tercio género, neutrales.

»Mas todos, cuál de fuerza, cuál de grado,
Cuál de vergüenza pura, cuál de miedo,
Pasaban con buen animo y denuedo
El desabrido gusto del bocado;
Y aunque por le tener tan estragado,
Les era por entonces bien acedo
Ver el provecho grande que hacia,
Causaba ya menor el acedia.

»Como era tanta pues la diligencia,
Con qué esto el Visorey solicitaba,
Ya el dos por ciento en Lima se cobrava
Y en todo el territorio de su Audiencia;
Llevabanlo ya todos en paciencia,
Mas quien ajeno della lo llevaba
Mostraba del vil ánimo las heces,
Y al fin, al fin llevábalo en dos veces.

»Pues, como tengo dicho, dado caso
Que la razon con muchos no valia,
El miedo tan á raya los tenia
Que nadie osaba dar un solo paso;
Porque segun el animo era escaso
En dar al Rey lo poco que pedia,
Lo andaba en cometer sus desatinos,
Que nunca son osados los mezquinos.

»Si alguno allá consigo retirado
Daba lugar á algun intento loco,
Se le representaba luego el coco
Y con semblante fiero don Hurtado;
Que aun en su pensamiento asegurado
No le dejaba estar mucho ni poco:
Tal es entre las otras esta ofensa,
Que no hay seguridad en quien la piensa.

»Así que, por temor ó miramiento
De aquel segundo César africano,
No solamente se iban á la mano,
Mas, como tengo dicho, al pensamiento;
Cortaba su furor y atrevimiento
Tenerle, por su mal, tan á la mano,
Que no era levantada bien la dellos
Cuando la del estaba ya sobre ellos.

»Mas Quito, por estar tan apartado,
Jamás imaginó que llegaria
El radiante sol de don García
A deshacer su turbido nublado;
Pero quedóse el misero burlado,
Pues cuando menos dello se temia,
Tan presto amaneció sobre su asiento,
Que no le diera alcance el pensamiento.

»Pues ya que en todo Lima y su distrito
En buen estado y punto estaba puesto
Lo por el Rey Católico dispuesto,
Soné que su virey lo enviaba á Quito;
Y que por dar sabor al apetito,
Si hubiese desabridose con esto,
Razones tan legítimas les daba,
Que si ellos fueran della, les bastaba.

»Mostrábales por término discreto
Y con palabras graves y amorosas
Las causas necesarias y forzosas
Que tuvo el grande Apó para el efecto;
Y que era al fin tenerle mas acelo
Para el despacho bueno de sus cosas,
El aceptar de grado la presente
Con limpia voluntad y llana frente;

»Diciéndoles tambien que con hacello
En si y en su interés cada uno hacia,
Pues el hispano Rey no lo queria
Con fin de acrecentar sus propios dello;
Mas para que la tierra y mar con ello
Pudiese estar seguro de averia,
Pues nadie, aun en su casa, lo estuviera,
Si á costa del Católico no fuera.

»Demás de que en razon estaba puesto,
Cuando esta no valiera como vale,
Que diesen á su Rey siquiera el vale,
Habiéndoles él dado todo el resto;
De suerte que era lícito y honesto,
Pues que del justo limite no sale
Quien trata con el súbdito de modo
Que pide alguna parte por su todo.

»Rogábales con esto juntamente
Mirasen el solicito cuidado,
Que en todo lo demás habían mostrado
Con pecho fino y ánimo obediente;
Y como no era bien que lo presente
Dejase de seguir á lo pasado,
Mas antes pues caudal habia bastante,
Llevasen su buen crédito adelante.

»Con un estilo y término tan bueno
¿Qué bolsa tan de hierro no se abriera,
O quien tan corto de ánimo no diera
Lo propio y, si era lícito, lo ajeno?
¿Qué potro no tomara bien el freno,
Por mala y recia boca que tuviera,
Si para que sabroso lo tasacara,
Con esta sal envuelto se le echara?

»Obligame por cierto á que me espante
Que no tomasen bien aquel bocado,
Por mas que fuera tósigo y boeado,
Con esta sal y salsa por delante;
Mas toda la del mundo no es bastante
Para salar un ánimo dañado
Como lo estaban muchos antes desto,
Aunque por ocasion tomaron esto.

»Achaque solo fué de aquella gente,
Y una malicia llena de ignorancia,
Que tan sin fundamento ni sustancia
Quisiese alzar el bélico accidente;
Ganar quisieron cetro llanamente,
Mas yo no les arriendo la ganancia,
Porque si de la sal no hicieron cuenta,
A fe que se les dió su salpimienta.

»Llevadas ya las cédulas á Quito,
Con cartas al cabildo y á la Audiencia,
Que por su majestad y su excelencia
Para obligalles mas se habian escrito,
Soné que del olor el pueblo ahito,
Aun antes de llegar á su presencia,
Como tan mal estómago tenia,
Lanzaba lo que dentro del habia.

»Y dando penosísimas arcadas,
Que aun referillo á vómitos provoca,
Su mal humor echaban por la boca,
A vuelta de parábolas preñadas;
Y en cóncaves y pláticas fundadas,
Mostrando su intencion dañada y loca,
Trataban de que nadie permitiese
Que tal imposicion se recibiese.

»La cual no solamente procuraban
Que se contradijese dentro en Quito,
Mas toda su diócesis y distrito
Para el efecto mismo convocaban;
Y aun á los otros pueblos despachaban,
Queríendolos meter en el garlito,
Al Cuzco, á Chuquisaca y á los Reyes,
De su Virey diciendo las mil leyes.

»Y en especial pidiendo á cada una
Que en tanto que apelasen para España,
En resistir se diesen buena maña,
Aunque era la mejor hacerse á una;
Mas cuando no bastase traza alguna,
Por ello se pusiesen en campana,
Clamando libertad para hacello,
Y no lo fué pequeña el pretendello.

»A tal razon venidos los recados,
Al removido y mal seguro asiento,
Mandó la real Audiencia en cumplimiento
Que fuesen como fueron pregonados;
Mas luego los del pueblo convocados,
Con mucha libertad y atrevimiento
Se fueron, ya dispuestos á violencia
Con la suplicacion ante la Audiencia.

»La cual, habiendo visto la tormenta
Y determinacion de aquella gente,
Puso silencio en ello cautamente
Hasta que al Visorey se diese cuenta;
Pues diósele diciendo cuán exenta
Estaba la ciudad inobediente,
Y como por entonces mal su grado
Alzar la ejecucion habian mandado.

»Que como la justicia aquel denuedo
Y alborotado espíritu notase,
Temiendo que su vara se quebrase,
Le pareció tener el brazo quedo;
Pues cuando aquesta tiembla y tiene miedo,
Que es del sosiego público la base,
Ya el edificio y fabrica se inclina
Amenazando súbita ruina.

»Contando iba del sueño así Quidora,
Atentos los guerreros y pastores,
Cuando con dulce son los ruisenores
Alegres nuevas daban de la aurora;
Mas canten solos ellos, que yo agora
Quiero que se suspendan mis tenores,
Porque será locura y desvario
Que suene con su canto el ronco mio.